



unánimes

Estudios bíblicos

O: Carta a los Romanos

12.- Muertos al pecado



unánimes

Estudios Bíblicos

O.12.- Muertos al pecado

1. El texto

Romanos 6:1-14

1 ¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? 2 En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? 3 ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? 4 Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. 5 Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; 6 sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. 7 Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. 8 Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; 9 sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. 10 Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive. 11 Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. 12 No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; 13 ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. 14 Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia.

2. Introducción

El capítulo 6 introduce un nuevo tema. No es que haya una ruptura repentina. Pero hay una diferencia, una transición de un fruto de la justificación, a saber, la paz con Dios, a otro, la santidad. El pecado, mencionado frecuentemente en el capítulo 5, es mencionado con una frecuencia aun mayor en el capítulo 6. Y en esta conexión el énfasis pasa del estado legal del creyente a su condición espiritual y moral. La nueva línea de pensamiento se centra en conceptos tales como la santidad, el vivir una nueva vida, el morir al pecado, el vivir para Dios.

Los capítulos 5 y 6 están estrechamente relacionados, así como lo están la justificación y la santificación. El Dios que declara justo al pecador, derrama al mismo tiempo, y en relación estrecha con dicha justificación, al Espíritu Santo en su corazón, produciendo la santidad.

Fue una consideración de carácter sumamente práctica la que contribuyó a la redacción del capítulo 6. Pablo había estado proclamando con cálido entusiasmo las riquezas de la gracia de Dios.

Para mucha gente, especialmente para los judíos y aquellos paganos que habían abrazado el judaísmo, su énfasis en la gracia divina como única fuente de salvación era algo nuevo. A algunos de ellos les parecía que este predicador-misionero-escritor estaba minimizando el valor de las obras. Ellos pensaban: “Si las obras cuentan tan poco, ¿para qué ocuparse siquiera de hacerlas? Además, si la gracia es lo más importante, ¿por qué no pecar abiertamente, con gusto, para dar a la gracia la oportunidad de actuar, de hacer su obra?” El capítulo 6 es la respuesta directa y vigorosa de Pablo a esta fantástica distorsión de su divinamente inspirada presentación de la doctrina del pecado y de la gracia.

Como sucedió con los capítulos 4 y 5, también el capítulo 6 se divide fácilmente en dos partes. En los versículos 1–14 Pablo indica que sería imposible que los creyentes continuasen viviendo en pecado; los que han muerto al pecado viven para Dios en Cristo Jesús. En los versículos 15–23 el apóstol pregunta, implícitamente, “¿Quién es vuestro Amo? ¿El pecado o Dios?”

3. Pecado y gracia

1 ¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?

Se recordará que ya en el capítulo 3 Pablo combatió brevemente contra esta distorsión de la doctrina de la gracia. Aquí en el capítulo 6 su refutación es más detallada.

Debe enfatizarse que no estamos tratando aquí una simple objeción teórica a la doctrina de la gracia. En realidad, aunque algunos de los que formulaban esta pregunta puedan haber querido que se la interpretara como una objeción a la enseñanza de Pablo, había otros que de ningún modo la objetaban. Estaban bastante satisfechos con la doctrina de Pablo (según ellos la interpretaban), y decían: “Continuemos pecando para que la gracia abunde”.

Cuando Pedro, en su segunda carta, afirma que algunas de las enseñanzas de Pablo se estaban distorsionando, bien puede ser que él haya estado pensando en este intento especial de distorsionar el significado de las palabras utilizadas por su “amado hermano”, el apóstol a los gentiles.

Sabemos, en todo caso, que lo que hizo que Judas cambiase su opinión respecto al contenido de la carta que pensaba escribir fue el hecho que “ciertos individuos habían convertido (la doctrina de) la gracia de Dios en excusa para una vida inmoral”.

Cada época ha producido su cuota de tales engañadores. El monje ruso Rasputín fue muy influyente en la corte del Zar Nicolás II. Su doctrina parece haber sido: “Cuanto más peca una persona, tanta más gracia recibirá. Así que, peca con ganas”. La respuesta de Pablo a la pregunta, “¿Continuaremos pecando para que abunde la gracia?” es:

4. No podemos pecar

2 En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?

La mera sugerencia de que el fin justifica los medios, que se puede producir gracia viviendo en pecado, es algo tan completamente detestable para Pablo que él la contesta usando una de sus características fórmulas cortantes de rechazo: “¡De ninguna manera!” Para un cristiano el continuar viviendo en pecado no sólo es ilícito, ¡es imposible! Por cierto, Pablo sabe que aun el creyente comete pecados hasta llegar el día de su liberación de esta existencia terrenal. Pero en la teología del apóstol esta circunstancia no proporciona una razón válida para una vida fácil. Además, la idea de que un hijo de Dios daría voluntariamente al pecado una oportunidad de operar, que de hecho lo fomentaría, le produce repugnancia al corazón de Pablo. ¡La mera sugerencia le disgusta!

Él le recuerda a sus lectores que algo decisivo ha sucedido en su vida y en la de ellos. Por la gracia de Dios ellos habían muerto al pecado; es decir, ellos habían renunciado a la obediencia a sus naturalezas pecadoras y todas las seducciones y halagos de este mundo pecaminoso. Como le dijo a los creyentes en Colosas: “Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida en Cristo con Dios”. Todo esto había sucedido cuando ellos se habían convertido, profesado su fe y habían sido bautizados. Pablo entonces continúa así:

5. El bautismo en Cristo

3 ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? 4 Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.

Cuando Pablo pregunta: “¿O no sabéis que?”, etc., él nos hace recordar el estilo del Maestro. La pregunta demuestra también que, aunque Pablo mismo no había establecido la iglesia de Roma, él da por sentado que el significado práctico de la muerte de Cristo para la vida cristiana es un asunto del cual se puede esperar que todos sus lectores estén completamente informados. El apóstol supone que todos (inclusive él mismo) los que habían oído la predicación pública del evangelio o que por algún otro medio se habían convertido, habían confesado públicamente su fe y habían sido bautizados. Él pregunta ahora: “¿O no sabéis que todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte?”

Ser bautizado “en Cristo Jesús” significa ser puesto en una relación personal con el Salvador. Por consiguiente, Pablo subraya que bautizar a la gente en Cristo Jesús implica bautizarlos en—es decir, en relación con la ordenanza del bautismo que los pone en una relación personal con—la muerte de Cristo, de modo que esta muerte se hace significativa para ellos, enseñándoles que por ella la culpa de sus pecados ha sido quitada y que han recibido el poder para luchar contra la contaminación del pecado y vencerla.

A primera vista la afirmación: “Fuimos sepultados con él por el bautismo en su muerte” puede parecer confusa, como si la sepultura precediese a la muerte. Por otra parte, ¿cómo es posible que una persona sea sepultada en la muerte de otra? Sin embargo, cuando tenemos en cuenta el contexto, la dificultad desaparece, como se verá:

La peligrosa doctrina del antinomianismo (ausencia de ley) estaba descarriando a la gente. Esta siniestra herejía hizo que Pablo enfatizara la necesidad de hacer una ruptura definitiva con la pasada vida de pecado. Por eso él dice: “Fuimos sepultados en su muerte—es decir, la de Cristo; en otras palabras, por el poder del Espíritu Santo se nos hizo ahondar profundamente en el significado de su maravillosa muerte. De hecho, tan profundamente nos hemos sepultado en ella, con corazón y mente, que comenzamos a ver su glorioso significado para nuestras vidas. Por lo tanto, rechazamos y aborrecemos ese malvado y terrible dicho: Continuemos pecando para que abunde la gracia.

Por medio del bautismo y por la consideración de su significado, estos primitivos convertidos, inclusive Pablo, habían sido llevados a una relación personal muy estrecha con su Señor y Salvador y con el significado de su abnegada muerte. El significado de esa muerte había sido llevado como bendición a sus corazones por el Espíritu Santo.

Pablo ahora les recuerda a sus lectores que Cristo fue resucitado de la muerte por medio de “la gloria”, que aquí quiere decir “el poder majestuoso” del Padre.

Puesto que los amados del Salvador están “en él”, y siendo la relación muy estrecha e inseparable, se deduce que incluida en el propósito de su resurrección se halla esta meta: “para que andemos en una vida nueva” una vida no dedicada ya al pecado sino a la gloria del Trino Dios. Debemos entender que la resurrección de Cristo de los muertos debe recibir la plenitud de su significado como aquel gran acontecimiento que condujo a su actividad salvífica en el cielo.

6. Muerte y resurrección

5 Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección;

El versículo 5 repite el pensamiento del contexto que le antecede inmediatamente, a saber, la unión de los creyentes con Cristo en su muerte y en su resurrección, considerada respectivamente como fuente de su muerte al pecado, y su resurrección a una nueva vida.

El significado es entonces, como sigue: “Porque si realmente hemos sido unidos a Cristo en una muerte como la suya, de modo tal que su muerte causó nuestra muerte a un constante vivir en pecado, entonces no cabe duda de que también estaremos unidos a Él en una resurrección como la suya; es decir, que entonces es cosa cierta que su resurrección (física y entendida en su sentido más completo, según acabamos de explicar producirá nuestra resurrección espiritual, o sea, nuestro andar en una nueva vida”. El énfasis que Pablo da a este hecho se debe atribuir al nefasto carácter de la herejía antinomiana (contra la ley).

7. **Muriendo al pecado**

6 sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. 7 Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado.

El perverso error de los antinomianistas (contrarios a la ley), un asunto que ha estado en la mente del apóstol desde el comienzo mismo de este capítulo, y al cual él también había hecho alusión anteriormente, ayuda a explicar este texto. Lo que Pablo dice es esto: en vez de revolcarse en el pecado para que la gracia aumente, es menester que tengamos en mente que tal curso de acción derrotaría el propósito mismo de nuestra vida como creyentes. Pablo dice “sabiendo esto”, apelando de este modo a lo que podría suponerse como cosa sabida entre los creyentes, inclusive entre los destinatarios de esta carta. El hecho importante con el cual se suponía que ellos debían saber era este: nuestra vieja naturaleza (literalmente: “nuestro viejo hombre”) fue crucificada con Cristo. Esta vieja naturaleza es la persona que una vez fuimos, nuestra naturaleza humana considerada aparte de la gracia.

Cuando afirma ahora el apóstol que esta vieja naturaleza fue crucificada con Jesús, es claro que él de nuevo prosigue sobre la base de la solidaridad de los creyentes con Cristo. Así como considera que todos los seres humanos están presentes “en Adán”, del mismo modo considera que todos los creyentes están presentes “en Cristo”. Por eso, en cierto sentido, cuando Cristo murió en la cruz, sus verdaderos seguidores murieron todos allí con él. Esto nos recuerda lo que el apóstol le había escrito a los creyentes en Galacia, lo que llamaremos, la suprema negación del creyente a favor de Cristo. Así lo escribió el apóstol:

Gálatas 2:20

Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.

Esto no es otra cosa al supremo llamado a morir a uno mismo, eso es, a nuestra naturaleza pecaminosa, que nos hace Jesús a todos sus seguidores:

Lucas 9:23

...Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame.

El tiempo que haya pasado nada tiene que ver con esto. Si la Escritura nos considera ya presentes en Adán, también puede considerarnos siempre presentes en Cristo. El propósito y resultado de nuestra solidaridad con Cristo en su crucifixión es “para que el cuerpo de pecado pueda ser destruido”, es decir, que por medio de la crucifixión de Cristo y de nuestra crucifixión con Él, esta destrucción puede acontecer. Con la expresión “cuerpo de pecado” o como más adelante el apóstol diría, “vieja naturaleza”, probablemente se haga referencia a la persona en su totalidad, vista bajo el control del pecado. Es bien claro que la referencia es a la naturaleza humana aparte de la gracia regeneradora.

¿Quiere Pablo decir entonces que el creyente puede en esta vida presente alcanzar un grado de santidad tan sublime que ya no comete ningún pecado? No lo hace, ni tampoco es esta falacia enseñada en lugar alguno de las Escrituras. Pero hay una enorme diferencia entre cometer un pecado y vivir constantemente en pecado y deleitarse en él. Por el poder y la gracia del Espíritu Santo una persona de verdad puede alcanzar el punto cuando ya no desea ser esclava del pecado.

A todo esto Pablo ahora añade: “... porque, el que ha muerto ha sido justificado del pecado.”. A la luz del contexto el significado ciertamente parecería ser: “La persona que por la gracia soberana de Dios ha sido regenerada y convertida, de modo que ya no se deleita en el pecado sino que lo combate, puede estar segura de que Dios, en base a la expiación hecha por Cristo, le ha perdonado sus pecados, con el resultado de que esa persona es ahora verdaderamente libre, justificada ante Dios”.

Sin embargo, hay varios expositores que, al intentar explicar este pasaje, señalan inmediatamente la conocida regla rabínica (y aún más general) según la cual “la muerte paga todas las deudas”. Con frecuencia se apela a que Pablo había estudiado bajo el famoso maestro judío Gamaliel y que por ende conocía bien la erudición judía.

Ahora bien, no hace falta negar que en lo formal el apóstol pueda aquí y allá dar muestras de su capacitación previa. Según las Escrituras no toda la enseñanza de los rabinos de ninguna manera era mala.

¿Quiere esto decir entonces que cuando Pablo expresa sus opiniones respecto a temas tales como el hablar en lenguas, requisitos para los oficios eclesiásticos, la posición de la mujer

en la iglesia, etc., podemos inmediatamente justificar nuestro rechazo de aquello con lo que no concordamos, basando nuestra actitud negativa en la suposición de que las opiniones de Pablo sobre asuntos tales estaban influenciadas por los rabinos?

Este modo de pensar difícilmente pueda ser considerado justo. Un examen concienzudo de las epístolas de Pablo revela que en gran cantidad de puntos de importancia él había llegado, por medio del estudio de las Escrituras y por la iluminación del Espíritu Santo, a una posición que difería sustancialmente de la de los rabinos. Además, uno no puede en buena conciencia apoyar una pobre evaluación de las afirmaciones de Pablo y todavía mantener la opinión que Pablo escribió bajo inspiración.

En el caso presente la apelación a la citada regla rabínica ayuda poco o nada en la interpretación. El apóstol se refiere, por supuesto, a “morir al pecado”, esa determinación (seguida de la acción) tomada en base a la gracia y al poder de Dios, de no vivir más en el pecado.

Cuando una persona ya no se siente cómoda en el pecado, puede estar segura que ha sido liberada de la culpa del pecado y que aun el poder que el pecado haya tenido sobre él se está desvaneciendo.

Era el deseo de vivir este tipo de nueva vida lo que impulsó a la gente adelantarse para ser bautizada. El agua del bautismo simboliza y sella el poder limpiador del Espíritu. Simboliza y sella lo que Dios ha hecho y está haciendo y, como resultado, la incorporación de la persona en la comunidad de Dios y de su iglesia.

8. Vivir en Cristo

8 Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; 9 sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él.

Si hemos muerto con Cristo, es decir, si como resultado de la muerte de Cristo por nosotros hemos muerto al pecado, también viviremos espiritualmente en comunión con él, y esto no solamente en el más allá sino también aquí y ahora.

Sabemos que este vivir con Él es posible puesto que Él, habiendo muerto, fue resucitado de entre los muertos para no morir jamás. La muerte no pudo retenerlo, ya que no tiene señorío sobre él. Los que durante el ministerio de Cristo previo al Gólgota fueron resucitados por Él de entre los muertos volvieron a morir. Según la mitología pagana, ciertas deidades constantemente mueren y resucitan. No es así con Jesús. La muerte ya no tiene señorío sobre él. Una vez resucitado, Él vive para siempre y nosotros con Él. Esto es lo que creemos; ¡sabemos que es verdad!

9. Cristo vive para Dios

10 Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive.

Sin la certeza de que la muerte de Cristo fue una muerte definitiva, “una vez para siempre”, los creyentes carecerían del consuelo que necesitan para esta vida y la futura. ¿No consiste ese consuelo exactamente en que ellos pueden cantar: “Al Cristo vivo sirvo”?

Fue por medio de su muerte que Jesús conquistó a la muerte. Ya que lo ha hecho, Él pudo decirle a Juan, un exiliado en la isla de Patmos: “Estuve muerto, mas he aquí que vivo para siempre, y tengo las llaves de la muerte y del Hades”.

Es muy significativa la expresión: “Murió al pecado una vez por todas”. Esto ciertamente indica que la carne y sangre de Cristo no puede volver a ser ofrecida. Jesús se ofreció a sí mismo “una vez para siempre por los pecados de su pueblo” tal y como dice el autor del libro de Hebreos. ¡Una segunda ofrenda no es necesaria y ni siquiera posible!

La vida de Cristo en la tierra antes de su muerte estaba condicionada por el pecado, no su propio pecado sino el de su pueblo. Por consiguiente, una vez expiado el pecado, Él vive ahora para Dios. Por supuesto, toda su vida, también la que precedió al Gólgota, había estado dedicada a la gloria de su Padre celestial.

En su oración sacerdotal Él pudo decir: “Yo te he glorificado en la tierra; habiendo acabado la obra que me diste que hiciese”. Pero una vez cumplida esa tarea, Él pudo vivir para Dios de un modo libre de trabas, es decir, sin tener que llevar la carga del pecado de su pueblo. Es en ese sentido que Pablo puede decir: “*pero en cuanto vive, para Dios vive*”.

En cierto sentido—pero solamente en cierto sentido—uno podría decir: “Después de su resurrección y ascensión, Jesús regresó a su vida con el Padre tal como ésta había sido antes de dejar las riquezas y glorias del cielo para sufrir por el pecado del hombre”. La Escritura no dice mucho respecto a esa vida. he aquí algunos breves vistazos:

Juan 1:1-2

En el principio era el Verbo, el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios. Este estaba en el principio con Dios.

Debemos tener en cuenta, sin embargo, que existía al menos esta diferencia entre entonces (el tiempo previo a la humillación de Cristo) y ahora (después de su humillación): ¡Él regresó al cielo llevando consigo los méritos de su redención plenamente lograda! Es así que la vida que Él vive ahora, la vive para Dios; aunque no olvidándose de su pueblo. Por eso el apóstol afirma:

10. Vivos para Dios

11 Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Es aquí donde la doctrina le cede el paso a la exhortación. Lo que se ha establecido, a saber, que en principio los creyentes estamos muertos al pecado y vivos para Cristo, debe transformarse en la permanente convicción de nuestros corazones y mentes, el punto de despegue de todo nuestro pensar, planificar, disfrutar, hablar y hacer.

Nosotros debemos recordar constantemente que ya no somos lo que antes éramos. Nuestras vidas deben demostrar cada día que no hemos olvidado esto. Estamos “en Cristo”; hemos sido escogidos “en Él”, redimidos “en Él”, vivimos “en Él”. La justicia de Cristo nos ha sido atribuida. Su Espíritu ha sido derramado en nuestros corazones. En un sentido es cierto que cuando Cristo murió, nosotros morimos con Él. Cuando Él resucitó, nosotros resucitamos con Él. Quizá el mejor comentario sobre este texto sea el que Pablo mismo hizo en la carta escrita a los cristianos en Colosas:

Colosenses 3:1-4

1 Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. 2 Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. 3 Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. 4 Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.

11. El pecado siempre está allí

12 No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias;

Si bien es cierto que los creyentes ya no viven constantemente en pecado, esto no significa que el pecado ha dejado de ser una fuerza oponente en sus vidas, una realidad que debe ser tenida en cuenta.

Nadie que conoce la historia de David negaría que él era verdaderamente un hijo de Dios; de hecho, “un varón conforme al corazón de Dios” como dice la Escritura. La Escritura comprueba esta realidad de muchas maneras. Sin embargo, a veces él permitió que el pecado reinara en su cuerpo mortal. Y David no es la excepción. De allí que sea comprensible que el apóstol insta a los creyentes a estar siempre en guardia en contra de este gran peligro de rendirse a las pasiones, pasiones que, como sucedió también con David, están frecuentemente asociadas con el cuerpo y sus funciones. Hablamos de un cuerpo que, en el estado caído del hombre, tiende hacia el pecado y la muerte (de allí la expresión: cuerpos “mortales”).

Pablo se vuelve más específico al continuar:

12. La consagración de nuestro cuerpo

...13 ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia.

La expresión “vuestros miembros” se refiere a extremidades, miembros y órganos corporales. Lo que Pablo dice, entonces, es esto: “No sigan poniendo los miembros de su cuerpo a disposición del pecado, como armas de iniquidad. Dejen de hacer esto; en su lugar pónganse ahora mismo, completa y decisivamente, a disposición de Dios. ¡Ofrézcanse a Él!

El todo incluye las partes. Cuando las personas se ofrecen a Dios, sus “miembros corporales” constituyen una porción de esta ofrenda. El resultado es que armas de justicia reemplazan a las armas de iniquidad. Esta justicia indica rectitud de conducta, lo totalmente opuesto a la iniquidad.

La razón que Pablo da para esta exhortación es:

13. Ley y gracia

14 Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia.

La ley puede hacer muchas cosas: manda, demanda, reprende, condena y refrena. Hay, sin embargo, una cosa que la ley nunca podrá hacer. No puede salvar. “Por las obras de la ley ninguna carne será justificada” le dice Pablo a los Gálatas.

¿Quiere decir esto que las exhortaciones dirigidas a los creyentes son inútiles? ¿Quiere decir que todos perecerán en sus pecados? La respuesta se encuentra más adelante en el capítulo 8 de esta carta y es en verdad una respuesta alentadora, en total consonancia con el pasaje que estamos considerando.

Notemos aquí como la desesperanza es reemplazada por la esperanza, las tinieblas por la luz: “Porque lo que la ley no podía hacer ... Dios lo hizo enviando a su propio Hijo ... para que el justo requisito de la ley pueda ser cumplida en nosotros ...” Ese envío del Hijo es la verdadera esencia de la gracia de Dios. Y esta gracia no sólo perdona sino que también limpia.

La gracia destrona al pecado. ¡Destruye el señorío del pecado y capacita al creyente para ofrecerse a sí mismo y todo lo que le pertenece en servicio de amor a Dios! El hijo de Dios

puede hacer esto porque no está bajo la ley sino bajo la gracia, debido a que, en su amor y gracia de infinita condescendencia, Cristo le ha redimido de la maldición de la ley, al haberse hecho maldición por él. Ciertamente, como dice el apóstol, “ya no hay condenación para los que están en Cristo Jesús”.

Basado parcialmente en el comentario bíblico de William Hendriksen
Las citas de las Escrituras son tomadas de la Biblia Reina Valera rev. 1960